

MAL DE AMOR, POEMAS

De *Oscar Hahn*

Editorial Ganymedes, 2^a edición, 1986.

Al releer el libro de Oscar Hahn, *Mal de amor*, en su segunda edición, siento la impresión de haberme sumido en un río que corre de prisa, en un mundo también de grandes torsos desnudos que se buscan con ansiedad. Es, en todo caso, una sensación fuerte, sólo en parte positiva, algo desconcertante y dinámico, muy penetrante.

Es un amor de búsqueda en plenitud el que aquí se canta. Es un amor a menudo desgarrado, con manchas de sangre y cenizas que lloran abrazadas. Es un abrazo "con pasión sin compasión", para decirlo con las palabras ahora conceptistas del autor. Aquello del mal de amor de que habla el título no era algo arbitrario ni inocente, sino una realidad dolorosa e inevitable en el encuentro-desencuentro de quienes se aman.

"Ahora estamos hundiéndonos lentamente en el fango", advierte Oscar Hahn en otro texto representativo. Lejos quedó la alegría de amar. El gozo —si es que lo hay— viene acompañado de sufrimiento, de incertidumbre. La realidad circundante también es negativa. El futuro de ceniza no alegra ni da la paz.

Es que, como ha advertido con agudeza un crítico, el lector no está únicamente ante los amantes, sino también ante personas humanas. Y la precariedad del hombre resalta hasta tal punto, que la calidad del amor queda afectada. Prevalece, incluso, lo humano en cuanto tal. El hecho de que la pareja se reúna no le quita ese carácter primario y primordial de humanidad que tiene que habérselas con un destino entre desconcertante, incierto y angustiado.

El poema inicial da la tónica al libro. Dice así:

Si tus miradas
salen a vagar por las noches
las mariposas negras huyen despavoridas
tales son los terrores
que tu belleza disemina en sus alas.

La belleza y sus peligros, lo abismante de la hermosura, el mal en el amor, son las expresiones que el texto sugiere. Pero a la vez está presente un mundo poético verdadero, eficaz. La palabra es una palabra justa, sin más ni menos, precisa. Hay trabajo intenso en cada poema. El lector lo siente complacido, y vuelve a leer y releer, cierto de que más allá del pesimismo hay una perfección formal atrayente, gratísima de encontrar.

HUGO MONTES